

El Problema de las Naciones Subdesarrolladas*

por LUDWIG VON MISES

Traducido al castellano por José Gregorio Díaz Bahamonde

1

La inversión extranjera fue un logro del capitalismo. Se desarrolló paso a paso únicamente en el siglo XIX. Escribiendo en 1817, Ricardo podía aún afirmar que la mayoría de los propietarios están «más satisfechos con una baja tasa de beneficio en sus propios países, que buscando un empleo más ventajoso para su riqueza en naciones extranjeras»¹.

Lo que movió a los empresarios y capitalistas a invertir en el exterior no fue el «altruismo», sino el ansia por ganar beneficios, ofreciendo a los consumidores domésticos en la mejor y más barata forma posible aquellos bienes que demandaban más urgentemente. Fueron a países extranjeros para poder ofrecer en sus mercados de origen, directa o indirectamente (por ejemplo, por comercio triangular), materias primas y comestibles que de otra manera, o no se hubieran obtenido o habrían tenido costes mayores. Si los consumidores hubiesen estado más ansiosos por adquirir una mayor cantidad de los bienes que podía producir su país, habría sido más rentable expandir la producción doméstica antes que invertir en el extranjero.

Pero la inversión extranjera benefició a las naciones receptoras no menos que a las naciones inversoras. Aquéllas estaban rezagadas y subdesarrolladas por su lentitud para desarrollar las condiciones institucionales e ideológicas que son prerrequisitos indispensables para la acumulación de capital a gran escala. Aunque ricamente dotadas por la naturaleza, carecían del capital necesario para la explotación de sus recursos inactivos. El bajo nivel de capital disponible implicaba que la productividad marginal del trabajo y de los salarios de esos países era baja respecto a los países capitalistas. El influjo de capital extranjero aumentó las tasas de salarios y mejoró el nivel de vida medio de las masas.

Los socialistas tienen una interpretación diferente de los problemas involucrados en este proceso. En su perspectiva, las empresas son artefactos para explotar a los trabajadores. Su existencia y operación son contrarias a las leyes externas de la moralidad. Sólo hay un medio para acabar con esta explotación: la socialización, es decir, la expropiación de los empresarios y de los capitalistas privados, transfiriendo sus fábricas, minas y granjas a manos del Estado. Es lo que el gobierno laborista pretende lograr en el Reino Unido y lo que el gobierno de Irán, imbuido de un genuino espíritu fabiano, ya está haciendo en su país. Si es correcto para los británicos nacionalizar las minas de carbón británicas, no puede ser incorrecto para los iraníes nacionalizar la industria petrolera de Irán. Si el señor Attlee² fuese consistente, habría felicitado a los iraníes por su gran logro socialista.

Pero ningún socialista fue ni puede ser consistente.

Es una causa perdida para los ingleses el disuadir a los iraníes de nacionalizar los pozos petroleros, refinerías y oleoductos en manos británicas argumentando las desventajas que ciertamente resultarán para el pueblo de Irán. Ellos mismos no prestaron atención a semejante discurso «reaccionario» cuando se discutió el problema de nacionalizar varias industrias en suelo británico.

Bajo el presente estado del derecho internacional, cada nación soberana es libre para

tratar como le plazca toda propiedad situada dentro de sus fronteras. Un gobierno extranjero puede protestar diplomáticamente y apoyar las exigencias de indemnización de sus ciudadanos, pero si el gobierno de la nación que expropia no está dispuesto a ceder, es el fin de la discusión. Baste con referir como precedentes el caso de Rusia en 1917 o la expropiación mejicana de la industria petrolera.

El gobierno afectado puede presentar el caso a la Corte Internacional de Justicia, pero sus resoluciones son prácticamente inejecutables.

Y si recurre a la intervención militar incurriría en un claro caso de agresión según la carta de Naciones Unidas.

Indudablemente, los expertos en Derecho internacional y los abogados de las Naciones Unidas escribirán informes y tratados profundos acerca de los aspectos legales del conflicto anglo-iraní: tales documentos valen menos que el papel en que están impresos. La verdad simple es que si el gobierno de Irán no cambia su decisión porque considere que ganara política o materialmente con ello, nada impedirá que expropie la industria petrolera. Es evidente que Gran Bretaña no puede ganar nada usando medidas militares: aunque triunfaran, los británicos descubrirían que las bayonetas no están cómodas en las esferas de decisión empresarial. Además, está la posibilidad de una ocupación rusa de la mayor parte de Irán y la aún más preocupante amenaza de una nueva guerra mundial.

2

Son muy lamentables las consecuencias inmediatas de la expropiación petrolera iraní, pues ésta afecta a los planes militares de las potencias occidentales y revoluciona las condiciones de los mercados petroleros mundiales.

Aún más importantes son las consecuencias más remotas. La inversión extranjera privada ya se encuentra paralizada desde hace algunos años. El inversor privado ha aprendido de la experiencia que invertir en el exterior equivale, virtualmente, a tirar lejos la propia riqueza. Es cierto que no todos los países receptores han promovido expropiaciones o desconocido los préstamos recibidos. Pero muchos de los «buenos» países también han robado efectivamente a los inversionistas y acreedores extranjeros a través de controles cambiarios y tributación discriminatoria. De poco sirve a un estadounidense o a un suizo el poseer una cuenta bloqueada en un banco de Ruritania, especialmente si se percatan de que el poder de compra de la unidad monetaria de Ruritania está cayendo más y más.

El gobierno de Estados Unidos recomienda como un sustituto adecuado para la inversión privada en el extranjero a la inversión pública y a los préstamos, concedidos directamente o garantizados por bancos gubernamentales nacionales o internacionales. La idea es que el gobierno, especialmente el de Estados Unidos, debe cubrir la brecha que las políticas anticapitalistas de los países subdesarrollados deliberadamente han creado. Pero el ejemplo de Irán muestra que tales inversiones gubernamentales y préstamos tampoco están seguros contra aventuras predatorias. ¿Por qué el gobierno de los Estados Unidos habría de inyectar sus fondos en Ruritania si el Parlamento ruritano es libre de emplearlos como le plazca? ¿No hay oportunidades de inversión en los Estados Unidos? No es en absoluto realista suponer que el Congreso de los Estados Unidos continuara tolerando una política que subsidia a los países extranjeros a costa del contribuyente norteamericano. No tiene sentido engañarnos: las esperanzas de que el muy debatido Punto Cuatro pueda

funcionar como un sustituto satisfactorio para el desintegrado mercado internacional de capital son falaces.

3

Lo que crea el problema de los países subdesarrollados es la desintegración del mercado internacional de capitales.

En la última década, esos países fueron beneficiados por los modernos métodos de combate a las epidemias y a las enfermedades que el Occidente capitalista ha desarrollado. La población aumentó considerablemente gracias al descenso en la tasa de mortalidad y al aumento de la esperanza de vida. Pero las políticas económicas de estas naciones impiden una expansión del insuficiente ahorro doméstico y acumulación de capital, e incluso han inducido la desacumulación de capital. Como no hay remesas considerables de importación de capital extranjero, la cuota per cápita de capital invertido decrece. El resultado es una caída en la productividad marginal del trabajo. Pero al mismo tiempo, los gobiernos y los sindicatos tratan de imponer salarios que exceden dicha productividad marginal y el resultado es que el desempleo se extiende.

Inconscientes de las causas del desempleo, los gobiernos tratan de combatirlo recurriendo a medidas que, aunque totalmente inútiles, son tan costosas que superan los ingresos públicos y son financiadas con emisión de dinero. La inflación desalienta aún más al ahorro doméstico y a la formación de capital.

Los gobiernos de todos los países subdesarrollados hablan infatigablemente de la necesidad de «industrializar» y de modernizar los anticuados métodos de producción agrícola. Pero sus propias políticas son el principal obstáculo para cualquier mejora y progreso económico.

No hay forma de imitar los procedimientos tecnológicos de los países capitalistas si no hay capital disponible. ¿De dónde obtener este capital si la formación doméstica y los flujos externos son saboteados? Hace casi doscientos años, las condiciones en Inglaterra eran poco mejores, y quizá peores, que las de la India y China actual. El sistema prevaleciente de producción era lamentablemente inadecuado.

En este contexto no había espacio para una creciente parte de la población.

Masas de pobres desposeídos vivían difícilmente al límite de la inanición. La aristocracia terrateniente no sabía qué hacer con estas personas miserables, salvo enviarlas a las casas de pobres, a los asilos y a las prisiones. Pero entonces se produjo la «Revolución Industrial». El capitalismo convirtió a los hambrientos mendigos en autosuficientes sostenedores de familia. Mejoró las condiciones paso a paso, y a finales de la época victoriana el nivel de vida del hombre común era el más alto de Europa: mucho mayor que aquel que era considerado suficiente en épocas anteriores.

Lo que los países subdesarrollados deben hacer si realmente quieren erradicar las penurias y mejorar las condiciones económicas de sus desposeídos es adoptar aquellas políticas de «individualismo radical» que han creado el bienestar de Europa occidental y de los Estados Unidos. Deben recurrir al libre mercado, removiendo todos los obstáculos que encadenan al espíritu de empresa y limitan la acumulación doméstica de capital y los flujos de capital extranjero.

Pero lo que los gobiernos de estos países están realmente haciendo hoy en día es justo lo contrario. En vez de emular las políticas que crearon la riqueza y el bienestar de las naciones capitalistas, están optando por las políticas contemporáneas de

Occidente, que retardan la acumulación de capital y refuerzan lo que consideran que debe ser una más justa distribución de la renta y de la riqueza. Sin considerar el problema de si tales políticas son o no benéficas para las naciones económicamente avanzadas, debe enfatizarse que carecen de sentido cuando se aplican en los países económicamente atrasados. Donde hay poco que distribuir, una política para una «más justa» distribución no tienen ninguna utilidad.

4

En la segunda parte del siglo XIX, los más sagaces entre los patriotas de las naciones subdesarrolladas comenzaron a contrastar las condiciones insatisfactorias de sus países con la prosperidad de Occidente.

No comprendían que los europeos y los norteamericanos hubiesen combatido las penurias y el hambre de una mejor manera que su propia gente. Hacer que sus pueblos fuesen tan prósperos como los de Occidente se convirtió en su principal objetivo. Así que enviaron a la elite de su juventud a las universidades de Europa y de Estados Unidos para estudiar economía y aprender así los secretos del incremento en el nivel de vida. Hindúes, chinos, africanos y miembros de otras naciones atrasadas abarrotaron las aulas de las clases y ansiosamente escucharon las palabras de los más famosos profesores británicos, franceses, alemanes y estadounidenses.

Esto es lo que esos profesores —marxistas, fabianos, veblenianos, socialistas de cátedra, campeones de la omnipotencia gubernamental y de la planificación, tolerantes con la inflación, el déficit público y la tributación confiscatoria— enseñaron a sus estudiantes: el individualismo, la política de libre mercado y la empresa privada son los peores males sucedidos a la humanidad. Únicamente enriquecieron a un grupo pequeño de privilegiados ladrones y condenaron a las masas de gente decente a una creciente pobreza y degradación. Pero afortunadamente la edad oscura del capitalismo está llegando a su fin.

El pueblo ya no volverá a ser engañado por las doctrinas espurias de los sicofantes de la burguesía, apologistas depravados de un manifiestamente injusto orden social.

Nosotros, los firmes defensores de la justicia y de la riqueza para todos, hemos destruido para siempre las falacias y paralogismos de los escritores ortodoxos. El Estado de Bienestar traerá prosperidad y seguridad para todos, la economía de la abundancia y plenitud sustituirá a la economía de la escasez, y la producción para el uso sustituirá la producción por beneficios. Ya no habrá necesidades, pues todas serán satisfechas.

Puesto que lo consideraban absurdo, estos profesores nunca mencionaron la perogrullada de que no hay otro medio para mejorar las condiciones de cualquier nación o del conjunto de la humanidad, que incrementar la cuota per cápita de capital invertido. Al contrario, se permitieron exponer el dogma keynesiano de los peligros del ahorro y de la acumulación de capital. Nunca se refirieron al hecho de que la escasez de medios para el sostenimiento humano es obra de la naturaleza y no de los capitalistas. En su perspectiva, el Estado tenía a su disposición fondos inagotables que permitían al gobierno gastar sin límites. Incluso hoy en día no han comprendido que la tributación progresiva ya ha agotado ese supuesto excedente en todos los países y pronto sucederá lo mismo en Estados Unidos.

Adoctrinados con estos principios, los graduados de las universidades occidentales regresaron a sus países y trataron de llevar a la práctica lo aprendido. Estaban sinceramente convencidos de que para crear prosperidad para todos sólo era

necesario aplicar las fórmulas del pseudo-progresismo occidental. Pensaban que industrialización significaba sindicatos, salarios mínimos y subsidios al desempleo, y que intercambio y comercio significaba controles de toda clase. Querían nacionalizar antes de que hubiesen permitido a las empresas construir plantas e instalaciones que pudieran ser expropiadas. Querían establecer un «nuevo sistema» en países cuya desgracia consistía precisamente en el hecho de que no habían conocido lo que es hoy menospreciado como el «viejo e injusto sistema».

Todos estos intelectuales radicales de los países subdesarrollados responsabilizaban a Europa y a Estados Unidos por el atraso y la pobreza de sus pueblos. Estaban en lo cierto, pero por razones diferentes a las que tenían en mente. Europa y Estados Unidos no causaron el problema de los países subdesarrollados, pero han prolongado su duración al implantar en sus intelectuales las ideologías que son el más serio obstáculo para cualquier mejora de sus condiciones. Los socialistas e intervencionistas del Oeste han envenenado la mente del Este. Son responsables por el sesgo anticapitalista del Este y por la simpatía con que sus intelectuales observan el sistema soviético como la realización más intransigente de las ideas marxistas.

Todos los países subdesarrollados están inundados con traducciones de los escritos de Marx, Lenin y Stalin, y de los libros de todos los matices de socialismo no marxista y anticapitalismo. Los textos que exponen la operación de la economía de mercado y analizan críticamente los dogmas del credo socialista, raramente han sido publicados en los idiomas de esas naciones. No debe sorprender, entonces, que los lectores creen que la descripción del capitalismo proveída por el Manifiesto Comunista se ajusta exactamente a las condiciones actuales de Estados Unidos, que los trabajadores se «hunden más y más» con el progreso de la industria y que «la burguesía es incompetente para asegurar una existencia para sus esclavos dentro de la esclavitud». Poco sorprende que miren al sistema soviético como el modelo para un mejor futuro.

Debemos comprender que es imposible mejorar las condiciones económicas de las naciones subdesarrolladas con ayudas. Si enviamos alimentos para combatir el hambre, únicamente aliviarnos a sus gobiernos de la necesidad de abandonar sus desastrosas políticas agrícolas.

En el pasado, por ejemplo, el principal problema de Yugoslavia era como encontrar mercados externos para su considerable excedente de cereales, cerdos, fruta y madera. Hoy, el país que contiene la tierra más fértil de Europa fuera de Rusia y Rumanía está afectado por el hambre. Si enviamos a los países pobres manufacturas o les «prestamos» dólares, virtualmente pagamos por los déficit de sus sistemas de comunicación y transporte nacionalizados, así como por sus industrias y minas socializadas. La verdad es que Estados Unidos está subsidiando por todo el mundo el peor fracaso de la historia: el socialismo. De no haber sido por estas abundantes ayudas, hace ya tiempo que la continuación de los esquemas socialistas se habría mostrado no factible.

El problema de hacer a las naciones subdesarrolladas más prósperas no puede ser resuelto por ayuda material. Es un problema espiritual e intelectual. La prosperidad no es simplemente una cuestión de inversión de capital: es un tema ideológico. Lo que los países subdesarrollados necesitan primero es la ideología de la libertad económica, de la empresa y de la iniciativa privada. Ella estimulará la acumulación y la manutención de capital, así como el empleo del capital disponible para la satisfacción más barata y posible de las necesidades más urgentes de los consumidores.

Para que Estados Unidos contribuya a mejorar las condiciones económicas de los países subdesarrollados, no hay otra manera que transmitirles las ideas de la libertad económica.

(*) Este artículo fue escrito en 1952 y se publicó por primera vez como capítulo 12 de la recopilación *Money, Method, and the Market Process* (Kluwer Academic Publishers, 1990, pp. 166-173). Las notas aclaratorias fueron incorporadas por el editor Richard M. Ebeling. Traducido al castellano por José Gregorio Díaz Bahamonde.

¹ David Ricardo, «On the Principles of Political Economy and Taxation», en Piero Sraffa (ed.), *The Works and Correspondence of David Ricardo*, vol. 1 (Cambridge: Cambridge University Press, 1951-1973), p. 137.

Procesos de Mercado: Revista Europea de Economía Política Vol. II, n.º 2, Otoño 2005, pp. 223 a 230.

² Lord Clement Attlee fue líder del Partido Laborista británico entre 1935 y 1955, y Primer Ministro de Inglaterra entre 1945 y 1951.

³ El Punto Cuatro de la Carta del Atlántico se refería a la igualdad de acceso al comercio y las materias primas del mundo, asegurando para todas las naciones mejoras en el nivel laboral, ajuste económico y seguridad social.